

Fundación LAS EDADES  
DEL HOMBRE



EDUARDO PALACIOS

EDICIÓN

Fundación Las Edades del Hombre

DIBUJOS

Eduardo Palacios

HAIKUS

Gonzalo Jiménez

TEXTOS

Carlos Aganzo, Luis Mayo, Gonzalo Jiménez

DISEÑO

Esther Martín

FOTOGRAFÍA

Ricardo Muñoz

MAQUETACIÓN

Gabinete de arte de la  
Fundación Las Edades del Hombre

DL VA 523-2015

Todo buen pintor es también un buen dibujante. Eduardo Palacios, con esta exposición evidencia que si bien es cierto que abrirse camino, darse a conocer, en el campo de la creación artística, plástica, es más duro y difícil alejado de las grandes ciudades como Madrid y Barcelona, no por ello la obra creada pierde importancia. Ni siquiera tratándose básicamente, como es esta muestra, de obra en papel, de dibujo, que para muchos erróneamente sigue siendo aún hoy una técnica de segundo orden.

Este artista lleva implicado con el proyecto *Las Edades*, con la Fundación *Las Edades del Hombre*, las cuatro últimas ediciones. De él son los dibujos, a excepción de Credo en Arévalo, que se trataba de un óleo, que han dado origen a cada uno de los carteles de las ediciones de Monacatus, en Oña; Credo, en Arévalo, Eucaristia, en Aranda y la edición actual que dedicamos a la figura de Santa Teresa, en Ávila y Alba de Tormes, con motivo de la celebración del V Centenario de su Nacimiento. Imágenes propias y diferenciadas que tienen una importante repercusión, sobre todo, a nivel mediático.

Catorce obras en papel y un óleo constituyen el conjunto de la exposición que presenta Eduardo en la sala de trabajos, del Monasterio de Santa María de Valbuena, y que podemos inscribir en un realismo naturalista que recordando palabras de Vázquez Díaz, diremos que los retratos y los objetos representados, bodegones, espacios interiores, aparecen con sorprendente semejanza, condición para este maestro de una obra de arte, máxime si se trata de un retrato. Dibujos donde se aprecia firmeza y decisión con una gran calidad técnica en su ejecución.

Con esta exposición el artista Eduardo Palacios, deja, al menos, dos cosas claras: la importancia y la verdad que la obra en papel, el dibujo puede alcanzar a pesar de su enorme fragilidad, y que aún con todas sus dificultades, también en pequeñas ciudades, como pueden ser Ávila o Zamora... la creación plástica se abra paso con fuerza, calidad y belleza, como evidencia esta muestra.

**Gonzalo Jiménez Sánchez**  
Secretario General  
Fundación *Las Edades del Hombre*



## Esperando al milagro

La obra de Eduardo Palacios tiene –siempre lo ha tenido- un halo espiritual difícil de catalogar. De manera palmaria sus dibujos dicen lo que dicen, pero también sugieren que pasemos la frontera. Tienen alma. Son poesía.

Por eso, cuando la expresión plástica de este singular artista riojano afincado en Ávila busca, además, la complicidad de la palabra, de una palabra al mismo tiempo encendida y contenida, causal y casual, el resultado puede ser muy alto en emociones. No ilustraciones que iluminan poemas. No versículos que ponen letra a la música del dibujo. Si dos expresiones que “se protejan la una a la otra, se toquen y se saluden mutuamente”, como las soledades en las que Rainer Maria Rilke fundamentaba su concepto del amor. Una colaboración que en su conjunto encierra un mundo doblemente singular. Un mundo de intenciones, de matices, de conspiración de la belleza por la belleza... *Ut pictura poesis*.

Es cierto que el despojamiento, la desnudez, la sencillez expresiva es una vocación manifiesta de los dibujos y los haikus de Eduardo Palacios. Pero también lo es que todo este adelgazamiento está, paradójicamente, colmado de significantes profundos.

Aparecen, por supuesto, los retratos de las personas. Ellas y ellos. Pero por encima de los retratos está la individualidad del sujeto dentro de la colectividad familiar; la mirada que busca el pensamiento del que está al otro lado del dibujo, del cuadro; la confortable melancolía del que comparte su soledad y la trasciende: Rilke en la memoria.

Y aparecen, por supuesto, los objetos. Sillas ordenadas y camas desordenadas. Zapatos y prendas que cuelgan de un perchero. Pero sobre la materialidad del objeto se perciben los jirones de alma que se han dejado en ellos las personas a las que sirven. Sábanas que son un hábito de oraciones nocturnas. Camisas colgadas que forman un Gólgota con los anhelos, los sudores, las traiciones, las esperanzas de los hombres. Calabazas, membrillos, manzanas: naturaleza que se hace objeto en el interior; objeto de interior. Y el pan y el vino, el lienzo del mantel y los cubiertos, como en la primera Eucaristía del mundo. Otras realidades que viven en la cotidiana realidad de los objetos.

Y aparece, al final, el propio código estético del dibujo. Pristino y esencial, como “fruto sin madurar”, como promesa de lo que puede venir o de lo que se esconde detrás del trazo. O en blanco y negro, con las luces y las sombras clásicas de la más pura expresividad del grafito. O el énfasis, el subrayado, el brillo onírico del color: lo que siempre nos deja el sabor del sueño cuando regresamos a los parámetros de la realidad... Y su trasposición en un calambre de palabras.

Tal es este cuaderno a todas luces y a todas sombras singular. “Esperando que el milagro despierte”.

**Carlos Aganzo**



## **Eduardo Palacios: mística del natural**

Unas camisas blancas en un tendal constituyen una escena cotidiana, hogareña y práctica; pero cuando Eduardo Palacios la convierte en motivo de uno de sus dibujos se transforma en una obra íntima, trascendente, y simbólica, que nos hace pensar en el San Serapio de Zurbarán y en los interiores de Antonio López. ¿Cómo se produce esa triple transmutación de realidad vivida a una representación artística que nos conmueve?

Eduardo escoge como motivos de inspiración personas queridas, objetos habituales y escenas reiteradas a las que casi no prestamos atención y que sin embargo son parte esencial de nuestra naturaleza: salud y alegría son impensables sin esas presencias acostumbradas y necesarias. Los retratos de Palacios captan con una minuciosidad primorosa el gesto del hijo, de la esposa; y al tiempo traslada al papel la influencia personal que el pintor tiene como padre o como marido. Quien no conoce a sus seres queridos cree descubrir en esos rostros hermosamente logrados a un príncipe a un familiar. Por eso el pintor transforma lo cotidiano en íntimo: un pariente de Palacios se torna por su retrato en una presencia común, en un arquetipo de joven, de mujer, de Eva.

Palacios convierte con sus lápices y pinceles escenas hogareñas en imágenes trascendentes: el pan y el vino sobre la mesa del comedor se aproximan a la Eucaristía en el altar; una cama abandonada al despertar nos habla de la Resurrección. La atención al detalle, la verdad en la intensidad del trabajo del natural como artista joven y maduro obran el alcance de sus trazos. El hábito carmelita de una monja actual que descansa en una silla artesana construye en nuestra imaginación a una Santa Teresa real y contemporánea. Los ojos de sus amigos pintados como pura mirada, descontextualizados, ojos que miran nuestros ojos, -humanizando el ojo único y ciclópeo que pintara Picabia y luego David Salle- construyen la cadena de las edades del hombre, el camino de la humanidad.

Eduardo Palacios transmuta con sus colores la práctica diaria y nuestras herramientas en rituales y símbolos trascendentes. El albornoz que nos acoge tras la ducha es sudario; pero la imagen aún tiene más recorrido, y nos esperanza: también es una sábana santa universal. El pasillo de la casa conocida se reconoce en la bella perfección del dibujo, pero además ese corredor en penumbra es el tránsito vital hacia la luz que reverbera al final del camino. Es en el pan nuestro de cada día donde se revela el milagro de la presencia de Dios en la tierra. Los paisajes abulenses son el lugar de la actividad humana y es escenario de su evolución. Los frutos que plasma Eduardo tienen en el propio hacer una dimensión metacomunicativa: tal como ha dibujado esas calabazas o esa tomatra, tal como ha pintado esas manzanas, captamos la metamorfosis de flor a fruto. Palacios plasma el natural con una mirada mística que convierte lo común en símbolo trascendente.

**Luis Mayo**



*Ellos aguardan  
la caída de la tarde  
ilusionados*



Perchero  
160x122 cm  
Grafito sobre papel



*sólo apuntadas  
quedan las hojas, fruto  
aún sin madurar*



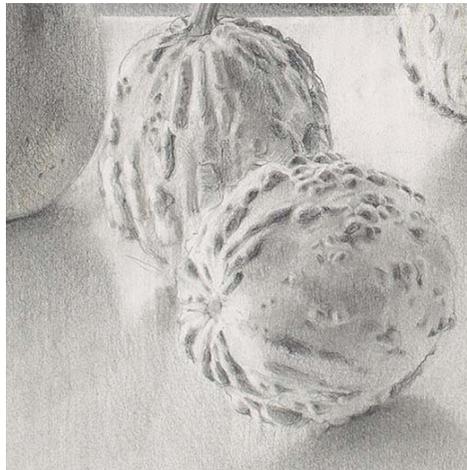
Manzano  
200x200 cm  
Grafito y acuarela sobre papel



*como versos de  
color se apilan botes  
en la estantería*



Botes  
70x81cm  
Técnica mixta sobre papel



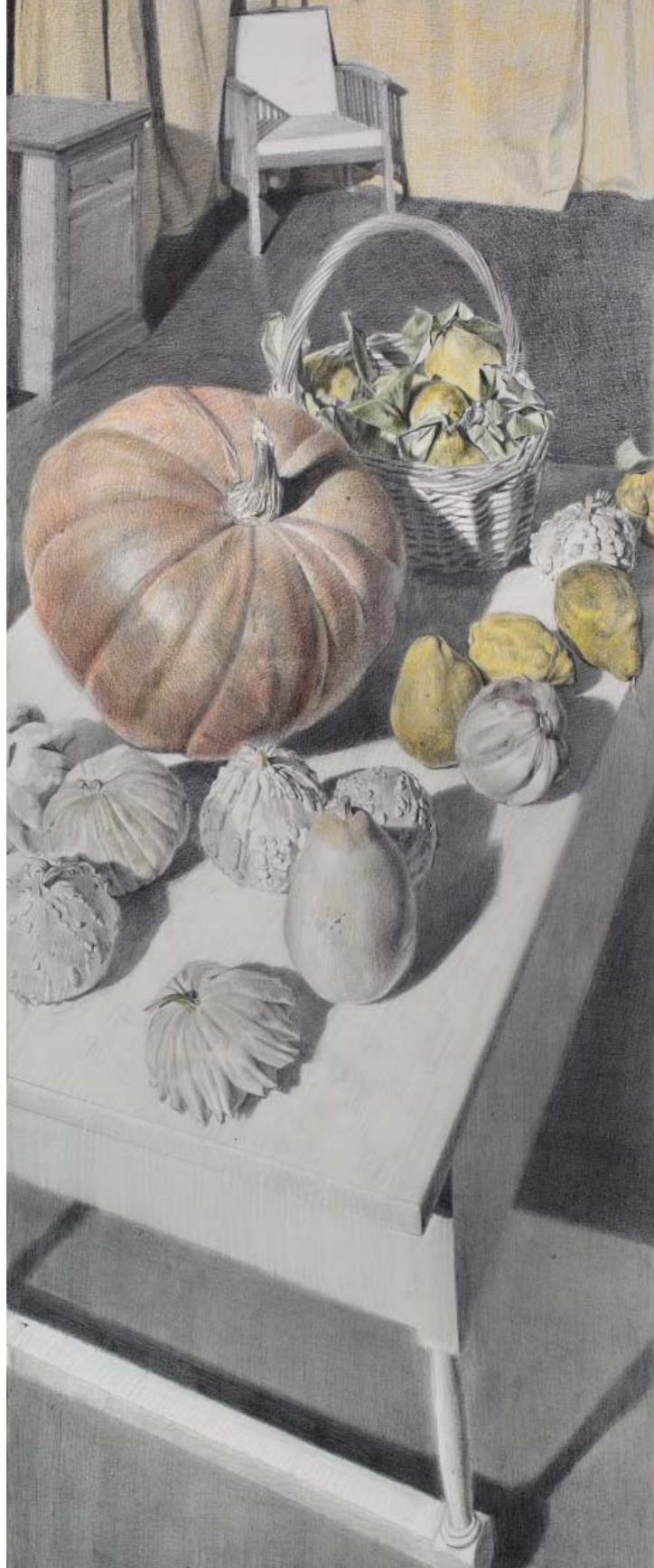
*sobre la mesa  
bailan las calabazas  
entre los sueños*



Mesa blanca  
100x70 cm  
Técnica mixta sobre papel



*con ellos juegan  
construyendo nubes en  
ocres y viento*



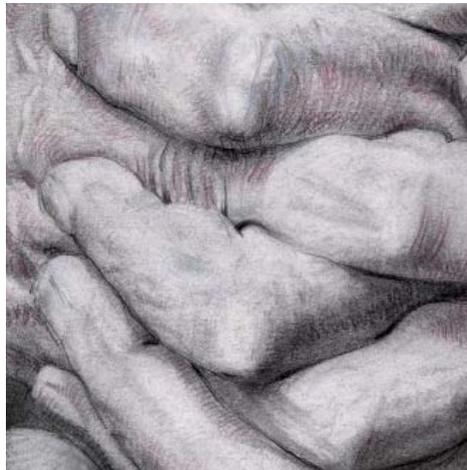
Calabazas  
122x48 cm  
Técnica mixta sobre papel



*El hábito del  
monje descansó sobre  
sus pliegues blancos*



San Serapio  
160x122 cm  
Grafito



*trenza los dedos  
sin violencia, sereno  
mirando al cielo*



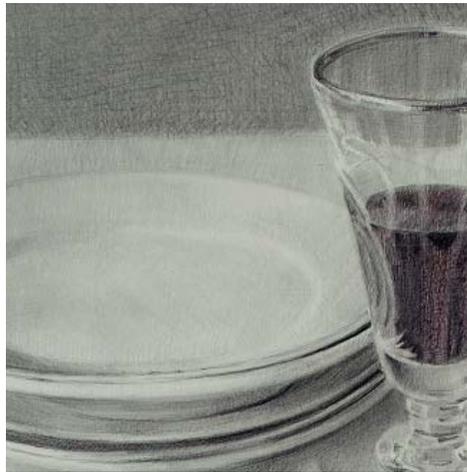
Monacatus  
50x67 cm  
Técnica mixta sobre papel



*limpia los platos  
como si se tratase  
de una gran fiesta*



Bodegón  
100x70 cm  
Grafito y acuarela sobre papel



*ya descansa el pan  
sobre el mantel, la copa  
roja de cristal*

Fiesta y sacrificio  
100 x 69 cm  
Técnica mixta sobre papel





*Junto al rincón la  
silla acoge la ropa  
sin ningún orden*

A la mañana siguiente  
122x84 cm  
Grafito sobre papel

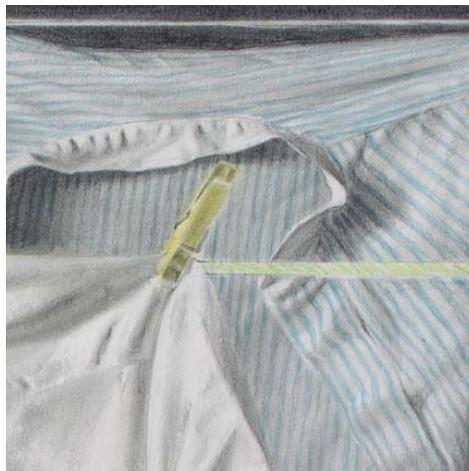




*pero las sábanas  
arrugadas guardan aún  
todos los deseos*



Habitación  
70x100 cm  
Grafito sobre papel



*esperando que el  
milagro despierte del  
color, del amor*



Gólgota  
118x80 cm  
Técnica mixta sobre papel



*primero llegó él  
con dos trozos de cielo  
en su mirada*

Ellos (padre e hijo)  
190x120 cm  
Técnica mixta sobre papel





*después vino ella  
inundando de brillos  
las tardes grises*

Ellas (madre e hija)  
190x130 cm  
Técnica mixta sobre papel





*y así en la escena  
los personajes pintan  
el mundo en color*

Estudio  
200x200 cm  
Óleo sobre lienzo





## **Lactación mística de San Bernardo**

El monasterio de Santa María de Valbuena, sede de la Fundación Las Edades del Hombre, es un bello ejemplo de arquitectura cisterciense en cuyo interior se conservan algunas obras artísticas de calidad notable. De entre ellas destaca el relieve con la representación de la Lactación mística de San Bernardo, obra del escultor Gregorio Fernández y ejecutado hacia 1615.

La escena describe el denominado "Milagro de la leche" según el cual San Bernardo, que se encontraba en oración ante una imagen de la Virgen amamantando al Niño, observó como ésta cobraba vida y en recompensa hacia él le regaba sus labios con unas gotas de leche. Fue una iconografía muy difundida durante el Barroco pues estaba en la línea de fortalecer la devoción hacia la Madre de Dios en un momento en el que el culto a los santos y a la Virgen estaba siendo atacado por los protestantes.

Técnicamente se trata de un altorrelieve en madera policromada con la imagen de San Bernardo en la parte inferior derecha, arrodillado, gesticulando con sus manos, de las cuales una lleva hacia su pecho, con la mirada dirigida hacia la Virgen, que ocupa la parte superior izquierda. María se encuentra sentada en un trono sostenido por nubes con querubines y acompañada a su vez por un cortejo angelical, que solemnizan el momento interpretando una música con el arpa y el laúd. En la parte inferior, sobre la escalinata, que el maestro ha incorporado para dotar la escena de profundidad e imprimírle un efecto ascensional, se encuentra un libro cerrado, sobre él, una mitra episcopal. El libro remite a su destacada producción literaria, entre ella numerosos escritos dedicados a la Virgen, mientras que la mitra haría alusión a su rechazo a ser obispo.

Se ignora el lugar original que ocupó dentro de la iglesia esta tabla que hace pareja con otra también conservada y realizada igualmente por Gregorio Fernández, en este caso con la representación de la Sagrada Familia. En el siglo XVIII ambas tablas fueron incorporadas a dos retablos barrocos gemelos. En la actualidad el retablo que contiene la tabla con la representación de la Lactación de San Bernardo se encuentra situado en el segundo tramo del lado del Evangelio hacia los pies del templo.

Este relieve, que fue restaurado por la Fundación Las Edades del Hombre en el año 2008, formó parte de la exposición Paisaje Interior celebrada en la concatedral de San Pedro de Soria en el año 2009.



Cuaderno de Arte en Santa María de Valbuena nº 5  
se terminó de imprimir el 13 de junio de 2015,  
festividad de San Antonio de Padua.